EL MUNDO
El Mundo
España
17/10/26
Pr: Diaria
Tirada: 47.066
Dif: 30.091
Cod: 186723233
Pagina: 37
Secc: CULTURA Valor: 60.705,00 € Area (cm2): 920,2 Ocupac: 100 % Doc: 1/3 Autor: Por Gonzalo Suárez (Barcelona) Num. Lec: 529000

La revista diaria de **EL MUNDO.** Sábado, 17 de octubre 2026

PAPEL



PATRICK RADDEN KEEFE EN LONDONGRADO

"SE ME DA BIEN HURGAR EN LA REALIDAD"

El periodista vuelve con un 'true crime' sobre la muerte de un joven timador en el Londres de los oligarcas. "Trump manda: ¿nos sorprende que los jóvenes estafen?"

*Por **Gonzalo Suárez**. Fotografía de **Gorka Lolnaz** (Araba Press)*

EL MUNDO
El Mundo
España
17/10/26
Pr: Diaria
Tirada: 47.066
Dif: 30.091
Cod: 186723233
Pagina: 38
Secc: CULTURA Valor: 56.347,97 € Area (cm2): 852,8 Ocupac: 92,82 % Doc: 2/3 Autor: Por Gonzalo Suárez (Barcelona) Num. Lec: 529000

Por ***Gonzalo Suárez*** *(Barcelona)*
Fotografías de ***Gorka Lainaz*** *(Araba Press)*



En otoño de 2005, Patrick Radden Keefe (Boston, 1976) era un periodista fracasado. Su primer libro, *Escuchas* (RBA), acababa de llevarse una colosal bofetada en las librerías. Tampoco le iba bien como *freelance*: llevaba siete años vendiendo historias a su revista favorita, *The New Yorker*, sin colocar ni siquiera una. Así que, rondando la treintena y aplastado por las deudas, llegó la hora de ser sensato: si escribir no era lo suyo, le tocaba ganarse la vida con su título de abogado por Yale en uno de los mayores bufetes de Manhattan: quizá no cumpliría el sueño de su vida, pero disfrutaría una cuenta bancaria llena de ceros.

–Sí, lo admito: iba a trabajar para los malos–, admite con una mueca traviesa antes de dar un sorbo a un impecable negroni en la terraza del Hotel Alma.

Aquí llega el giro de guión que, como si fuera el protagonista de uno de sus reportajes, cambió para siempre su destino. Al negociar su contrato, se enteró de que el bufete ofrecía anticipos a sus empleados. Así que, echándole jeta, pidió dos favores a su futura empresa: un préstamo de 10.000 dólares y tres meses de libranza. Con ese mínimo colchón se volcó en preparar obsesivamente su ultimísima propuesta para *The New Yorker*: una investigación sobre un multimillonario imperio de inmigración ilegal proveniente de China.

Casi sobra contar lo que ocurrió a continuación. Radden Keefe recibió su primer *sí* de la revista, rompió su precontrato con el bufete y arrancó una carrera que, dos décadas más tarde, le ha consagrado como el gran periodista narrativo de nuestro tiempo. Suyas son obras maestras como *No digas nada* (2018), una minuciosa intrahistoria del IRA, o *El imperio del dolor* (2021), una vivisección de la familia responsable de la crisis de los opioides. Ambas cosecharon ventas millonarias, críticas extasiadas y todos los premios imaginables, además de inspirar series televisivas para grandes plataformas.

Ahora, Radden Keefe vuelve con *El hijo del oligarca* (Seix Barral) –en catalán, *El fill de l'oligarca* (Periscopi)– destinado a convertirse en su mayor éxito comercial hasta la fecha. Este *true crime* ambientado en un Londres carcomido por la mafia rusa ha sido el libro del verano en EEUU y Reino Unido. La productora A24 ya ha adquirido los derechos para televisión tras una intensísima puja. Y en España el libro ya va por la tercera edición en sólo un mes tras alcanzar el primer puesto de la lista de ventas de *La Lectura*, la revista cultural de este diario, antes incluso de la promoción que inundará los medios estos días.

Sin hacer más *spoilers* que los imprescindibles, la trama es la siguiente: a las 02:23 h del 19 de noviembre de 2019, una cámara de la sede del MI6, los servicios secretos británicos, capta una oscura figura que sale al balcón del quinto piso de un exclusivo edificio junto al Támesis. La delgada figura que se recorta sobre las ventanas iluminadas se asoma a un lado de la cornisa, cruza a la otra esquina y, finalmente, regresa al centro del balcón. Tras unos segundos, se arroja al vacío.

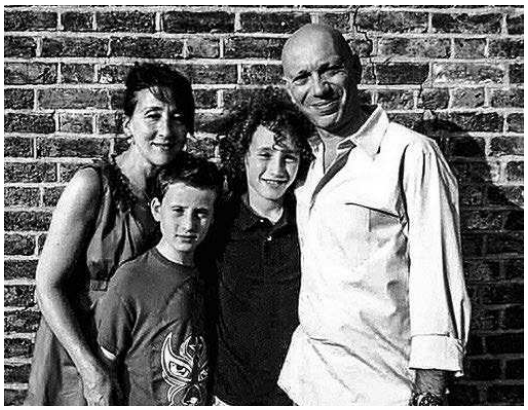
¿Un suicidio? ¿Un asesinato? ¿O algo más turbador?

De la mano de Radden Keefe conocemos la identidad del joven del balcón: Zac Bettler, un chico de 19 años de una familia modélica de un barrio rico de Londres. En sus últimos años, el chaval había desarrollado una insana obsesión por el crimen organizado, el consumo grotesco y las fiestas embadurnadas de champán. Tal era su monomanía, alimentada por las redes sociales, que se hizo pasar por el hijo de un oligarca ruso, se relacionó con personajes indeseables y, en su irrefrenable carrera de mentiras, acabó acorralado en aquel balcón.

Pero el libro, de 500 páginas, va mucho más allá de la reconstrucción de la espiral de Zac. También retrata la conversión de Londres en una megafactoría de lavado de dinero, el impacto tóxico de las redes en cerebros aún en formación, la desigualdad rampante que logra que un chico de clase alta se sienta miserable al lado de las fortunas foráneas y, de fondo, el triunfo de la cultura global de la farsa, con Donald Trump como máximo exponente. «Si él manda, no me sorprende que chicos como Zac vean que estafar es una alternativa legítima».

Patrick Radden Keefe (Boston, 1976), este jueves en Barcelona.

La historia le llegó en otro de esos giros del destino que han marcado su carrera. En verano de 2023, durante el rodaje de la adaptación de *No digas nada*, entabló conversación con Andrew Fingret, un amigo del director. Cuando se enteró de su trabajo como reportero, le dijo: «Quizá tenga un tema para ti». Y empezó a relatarle la historia de Zac. «Mi email es público desde hace 20 años, así que me llegan las historias más peregrinas», relata Radden Keefe. «Normalmente me aburro y sólo quiero que acaben de una vez, pero otras historias me atrapan. Quiero saber más, más, más. Esta fue una de ellas: supe



Zac con sus padres, Matthew y Rachelle, y su hermano mayor, Joe. DAVID BARRIE

de inmediato que, si los padres de Zac cooperaban, iba a pasarme un año investigando este tema».

Dice Radden Keefe que la curiosidad es uno de sus rasgos dominantes desde la infancia. Con sólo 14 años, llegó uno de los hitos de su vocación: su familia le animó a viajar junto a una amiga de la familia, Rose Moss, durante una investigación en la Sudáfrica del *apartheid*. «Recuerdo que me llevó a ver a un activista que tenía la casa *pinchada* por el espionaje del régimen», relata. «El tipo puso la radio a todo volumen y nos contó cosas increíbles. Meses después, vi cómo todas esas aventuras se publicaban en forma de libro. Aunque en ese momento no lo supe, probablemente ahí decidí ser reportero».

Antes de ir a la universidad ya lo tenía claro: no quería ser periodista, sino «periodista del *New Yorker*». Le fascinaba la revista, pero había algo más. «Mis libros favoritos llevaban una enorme foto del autor. Veía a la fabulosa Joan Didion y me decía: 'Yo quiero ser ESO'», dice. «Era mi sueño, sí, pero sabía que la inmensa mayoría de la gente no logra cumplirlos. No es falsa modestia, sino estadística: si preguntas a 100 personas, ¿cuántos se dedican a lo que querían ser de chavales?».

Su golpe de suerte llegó aquel otoño de 2005, cuando *The New Yorker* le compró su primer artículo, que se convertiría en el libro *Cabeza de serpiente* (Reservoir). Su segunda obra fue otro fracaso en las librerías, pero al menos le abrió las puertas de la revista. Pagó sus deudas con todo tipo de trabajos alimenticios mientras centraba sus fuerzas en escribir más piezas para el semanario.Aún tardaría otros seis años en conseguir un trabajo la plantilla, pero las leyes nunca volvieron a tentarle.

–Si fuera adolescente hoy, ¿querría ser periodista? ¿O preferiría ser *influencer*?

–Uf, no lo sé... Ser *influencer* me parece vacuo, vacío, una mierda. Además, cada año hablo con miles de chavales que quieren dedicarse a mi oficio.

–¿Y qué les dice?

–Que sólo sean periodistas si están seguros de que no van a ser felices con otra cosa. Tienes que sacrificar tu futuro por disfrutar del presente: lo más probable es que ganes un salario de mierda, que no tengas pensión... Pero, si realmente te gusta, es el mejor oficio del mundo.

Tras el bluf de *Cabeza de serpiente*, dedicó un lustro a componer *No digas nada* (Reservoir), un prodigioso rompecabezas sobre la violencia en el Ulster. Estaba convencido de que iba a consagrarse como escritor de libros. Pero cuando se publicó en 2018 en Reino Unido pasó totalmente desapercibido. «Fueron meses oscuros, pensé que jamás volvería a escribir otro libro», recuerda.

Al año siguiente, sin embargo, la obra llegó a las librerías de EEUU. Allí se convirtió en un *best seller* a

EL MUNDO
El Mundo
España
17/10/26
Pr: Diaria
Tirada: 47.066
Dif: 30.091
Cod: 186723233
Pagina: 39
Secc: CULTURA Valor: 23.920,04 € Area (cm2): 362,0 Ocupac: 39,4 % Doc: 3/3 Autor: Por Gonzalo Suárez (Barcelona) Num. Lec: 529000



cámara lenta. Después el fenómeno se contagió al resto del mundo, España incluida, donde ha despachado más de 30.000 ejemplares. Su siguiente libro, *El imperio del dolor* (Reservoir), le consolidó en la cumbre del oficio en 2022. Mientras, su *podcast Winds of change*, sobre la teoría de que la balada de Scorpions fue una creación de la CIA, le abrió nuevo público, con más de 10 millones de oyentes desde 2020.

Hoy goza de un estatus inigualado en el mundo del periodismo. Invierte más de seis mese en cada una de sus piezas para *The New Yorker*. La mayoría de sus investigaciones se saldan con un artículo de unas 10.000 palabras, pero a veces «necesita» convertirlas en libros. De hecho, *El hijo del oligarca* es la versión ampliada del reportaje más leído de 2024 en la web de la revista.

Tal es su éxito que Radden Keefe ya es una suerte de celebridad literaria. En su cuenta de Instagram aparece con amigas como Dua Lipa o Sarah Jessica Parker. Ha trabajado de modelo en una reciente campaña de la marca J. Crew. Y se interpreta a sí mismo en la tercera temporada de la serie *Industry* (HBO).

Dice que es consciente de su privilegio. Que la suerte ha sido clave en su éxito. Y que gracias a la lentitud de su ascenso ha sido capaz de paladear cada peldaño como si fuera el último. «Si llego a arrasar con 25 años me habría convertido en un maníaco», afirma. «Ahora me estoy hinchando a comer tarta y, como soy adulto, no me empacho. Me gustaría darle un poquito de tarta a mi *yo* de 25 años, que pasó mucha hambre. Pero así es la vida».

Cree, además, que la naturaleza de su trabajo le vacuna contra cualquier conato de engreimiento. La mayoría de su semana laboral consiste en lidiar con gente que no quiere hablar con él. «Un rechazo, otro, otro, otro...», cuenta. «Era así hace 20 años y sigue siendo así hoy. Siempre se lo digo a los jóvenes: en este trabajo, el que gana es el que sufre mil rechazos y, en vez de lamentarse mientras se atonta con Netflix, sigue intentándolo una y otra vez, buscando las vías más creativas para que la gente le cuente cosas. Sólo así se consiguen buenas historias. Que luego triunfen o no... Eso ya depende de los dioses».

Radden Keefe eligió el periodismo en una época en la que el oficio aún gozaba de prestigio social. Hoy la situación se ha dado la vuelta, pero él aún es un firme evangelista de las bondades del oficio. «Hay periodismo basura y periodistas basura», admite. «Pero añadiría dos cosas: que siempre los ha habido y que hoy tenemos menos bazofia que en el pasado. Nuestra mala reputación proviene de oportunistas como Trump, que ha visto que demonizar a la prensa es efica en un mundo de filtros algorítmicos y realidades paralelas. Todo eso es cierto, sí, pero yo tengo una visión alternativa más positiva...».

–Estoy deseando oírla.

–La web ya está llena de '*AI slop*' (basura de IA). Nuestros teléfonos se han vuelto objetos tóxicos. Nadie se fía de nada. Por eso, es una oportunidad única de que los medios clásicos se reivindiquen: «Mira, en este lugar puedes bajar la guardia porque te garantizamos que se han seguido los procesos oportunos para salvaguardar la verdad».

"Los móviles son tóxicos, la web está llena de basura IA... Es el momento ideal para que los medios clásicos se reivindiquen"

–Antes decía que hoy hay menos bazofia que antes. ¿A qué se refiere?

–Si leo viejos ejemplares de *The New Yorker*, grandes autores escribían inventos y los hacían pasar por hechos contrastados. Capote, Mitchell... Todos se inventaron cosas y eso que trabajaban en la mejor revista. ¡Imagina el resto!

Su optimismo se extiende al periodismo de largo aliento del que ejerce de líder espiritual. En un mundo empachado por *reels* de Instagram y microvídeos de TikTok, él detecta una oportunidad para los reportajes pausados, profundos y llenos de matices. «Si comparamos las redes con el tabaco, estaríamos en 1985: son un fenómeno ubicuo, intuimos que nos perjudica, pero no sabemos parar», afirma. «En todo caso, todos vamos entendiendo el daño que la tecnología hace en nuestro cerebro. Buscaremos alternativas más saludables».

De momento, ya trabaja en sus dos próximos proyectos: un reportaje sobre un escándalo literario que publicará «pronto» y un libro en fase embrionaria ambientado en Guatemala. A todas estas historias, Radden Keefe les aplica las técnicas narrativas más audaces. Ya es un cliché decir que sus libros se leen como novelas, pero adentrarse en la ficción no forma parte de sus planes. «No vale con dominar la técnica: necesitas inspiración», afirma. «Se me da bien hurgar en la realidad, encontrar todo tipo de hechos y colocarlos de tal forma que resulten interesantes. Pero si me dices que soy el jefe, que puedo escribir lo que sea... Me paralizo y no se me ocurre nada».

–¿Es verdad, entonces, el cliché de que la realidad supera a la ficción?

–Oh, por supuesto –dice mientras apura su negroni– Hay docenas de escenas en mis libros que, si las metes en una novela, el editor me diría: «Patrick, ¿qué has estado fumando?». Es lo maravilloso del periodismo: que te sumerge en hechos reales que ni la mente más creativa sería capaz de imaginar.